

De la literatura a les cuines de la Mediterrània

Cuinar: un art i un plaer

Raviolis



Brunetti colgó el abrigo en el armario del recibidor y avanzó por el largo pasillo hacia la cocina. Chiara se volvió a mirarlo cuando entraba.

- *Ciao*, papá. Mamá me está enseñando a hacer raviolis. Los tenemos de cena. –Manteniendo a la espalda las manos blancas de harina, dio unos pasos hacia su padre, que se inclinó para recibir un beso en cada mejilla. Él le limpió la harina que tenía en la mejilla izquierda-. Rellenos de *funghi*, ¿verdad, mamá? –preguntó la niña mirando a Paola, que estaba delante del fogón removiendo las setas en una gran sartén. Ella asintió y siguió removiendo.

Encima de la mesa había montoncitos de unos rectángulos irregulares y blancuzcos.

- ¿Son los raviolis? –preguntó él, recordando la perfecta simetría de la pasta que recortaba y rellenaba su madre.

- Lo serán cuando estén rellenos, papá. –Chiara miró a Paola, en demanda de confirmación-. ¿Verdad, mamá?

Paola asintió y, sin dejar de remover, se volvió hacia Brunetti y aceptó sus besos en silencio.

- ¿Verdad, mamá? –repitió Chiara, en tono más alto.

- Sí. Hay que dejarlos unos minutos y podremos empezar a rellenar.

- Has dicho que podría hacerlo yo, mamá –insistió Chiara.

Antes de que su hija pudiera poner a Brunetti por testigo de la injusticia, Paola transigió.

- sí, si tu padre me pone una copa de vino mientras acaban de hacerse las setas, ¿de acuerdo?

- ¿Queréis que os ayude a rellenar? –preguntó Brunetti medio en broma.

- ¡Papá! Sabes perfectamente que harías un desastre.

- No hables a tu padre de esa manera –dijo Paola.

- ¿De qué manera?

- De esa manera.

- No te entiendo.

- Sí que me entiendes.



Leon, Donna (1998) . *Nobleza obliga*.

Barcelona : Planeta DeAgostini, 119-133

De la literatura a les cuines de la Mediterrània

Cuinar: un art i un plaer

Raviolis



- ¿Blanco o tinto, Paola? –cortó Brunetti. Pasó por el lado de Chiara y, viendo que Paola estaba de cara al fogón, miró a Chiara entornando los ojos y meneó la cabeza ligeramente señalando a la madre con la barbilla.

Chiara frunció los labios y se encogió de hombros, pero luego asintió:

- Está bien, papá, puedes ayudar. –Y después de una pausa, a regañadientes-: Y mamá también, si quiere.

- Tinto –dijo Paola pasando la cuchara alrededor de la sartén.

Brunetti pasó por detrás de su mujer y se agachó para abrir el armario de debajo del fregadero.

- ¿Cabernet? -preguntó.

- Aja –accedió Paola.

Él abrió la botella y sirvió dos copas. Cuando Paola alargaba la mano, él se la tomó y le dio un beso en la palma. Ella lo miró con sorpresa.

- ¿Y eso por qué? –preguntó.

- Porque te quiero con locura.

- ¡Papá! –gimió Chiara-. Esas cosas solo se dicen en las películas.

- Tú sabes que tu padre no va al cine –dijo Paola.

- Pues lo habrá leído en una novela –respondió Chiara, perdiendo el poco interés que pudiera tener en lo que las personas mayores tuvieran que decirse-. ¿Todavía no están las setas?

Agradeciendo la distracción que proporcionaba la impaciencia de su hija, Paola dijo:

- Un minuto y ya estarán. Pero tendrás que esperar a que se enfríen.

- ¿Cuánto tardarán?

- Diez minutos o un cuarto de hora.

Brunetti, de espaldas a ellas, miraba por la ventana las montañas que se perfilaban al norte de Venecia.

- ¿Puedo volver luego para rellenarlos?



Leon, Donna (1998) . *Nobleza obliga*.

Barcelona : Planeta DeAgostini, 119-133

De la literatura a les cuines de la Mediterrània

Cuinar: un art i un plaer

Raviolis



- Claro que sí.

Brunetti oyó a Chiara salir de la cocina y alejarse por el pasillo hacia su cuarto.

- ¿Por qué has dicho eso? –preguntó Paola cuando la niña se fue.

- Porque es la verdad –dijo Brunetti, sin dejar de mirar por la ventana.

- Pero, ¿por qué ahora?

- Porque no lo digo nunca. –Tomó un sorbo de vino. Fue a preguntarle si no le creía o si no le gustaba oírlo, pero no lo preguntó y bebió otro sorbo de vino.

Antes de oírla moverse, la sintió a su lado. Ella le rodeó la cintura con el brazo izquierdo apretándose contra él y se quedó mirando por la ventana sin decir nada.

- No recuerdo cuándo fue la última vez que estuvo tan claro el aire. ¿Dirías que ese es el Navegal? –preguntó señalando la montaña más cercana con la mano derecha.

- Está cerca de Belluno, ¿verdad?

- Me parece que sí. ¿Por qué?

- Quizá mañana tenga que ir.

- ¿Por qué?

- Han encontrado el cuerpo del chico Lorenzoni. Cerca de Belluno.

Ella tardó en decir algo.

- Oh, pobre chico. Y pobres padres. Es terrible. –Otra larga pausa-. ¿Lo saben?

- No; tengo que decírselo ahora. Antes de cenar.

- Oh, Guido, ¿por qué siempre te toca hacer esas cosas horribles?

- Si otros no hicieran cosas horribles, yo no tendría que hacerlas, Paola.

Él temió que su respuesta la molestara, pero ella hizo como si no la hubiera oído y se apretó aún más contra él.



Leon, Donna (1998) . *Nobleza obliga*.

Barcelona : Planeta DeAgostini, 119-133

De la literatura a les cuines de la Mediterrània

Cuinar: un art i un plaer

Raviolis



- A pesar de que no los conozco, me dan mucha pena. Qué espanto. –Y él la sintió ponerse tensa al pensar que hubiera podido haber sido su propio hijo-. Qué horror. ¿Cómo se puede hacer algo así?

Él no tenía respuesta para esto, como no la tenía para ninguna de las grandes preguntas de por qué la gente cometía crímenes o se atacaban unos a otros salvajemente. Él solo tenía respuestas para las preguntas pequeñas.

- Lo hacen por dinero.

- Pues peor todavía –fue su inmediata respuesta-. Ojalá los atrapen –y enseguida rectificó-: Ojalá los atrapéis.

Lo mismo pensaba él, y lo sorprendió la fuerza con que deseaba encontrar a los que habían hecho aquello. Pero no quería hablar de eso, ahora no. Él quería contestar la pregunta de por qué había dicho que la quería. No era hombre acostumbrado a hablar de sus emociones, pero quería decírselo, atarla a él de nuevo con la fuerza de sus palabras y de su amor.

- Paola –empezó, pero antes de que pudiera decir más, ella se apartó cortándolo bruscamente.

- Las setas –dijo retirando la sartén del fuego con una mano y abriendo la ventana con la otra. Y las palabras de amor se fueron volando por el aire con el humo de las setas.

(...)

Chiara estaba en la cocina, musitando torvas amenazas a los raviolis, que se resistían a conservar la forma que ella les daba. Su padre le lanzó un saludo y fue al estudio de Paola. Asomó la cabeza y dijo:

- Siempre podemos traer una pizza de Gianni's.

Ella levantó la mirada de los papeles que tenía delante.

- Haga lo que haga con esos pobres raviolis, nos comeremos todos los que nos ponga en el plato, y tú repetirás. –Sin darle tiempo a protestar, le atajó apuntándole con el lápiz-: Es la primera vez que nos hace la cena, y será deliciosa. –Vio que él abría la boca y cortó su protesta-: Setas quemadas,



Leon, Donna (1998) . *Nobleza obliga*.

Barcelona : Planeta DeAgostini, 119-133

De la literatura a les cuines de la Mediterrània

Cuinar: un art i un plaer

Raviolis



una pasta como engrudo y un pollo que nos ha marinado en salsa de soja y que, por consiguiente, estará tan salado como el mar Muerto.

- Oyéndote ya se me hace la boca agua. –“Por lo menos, no puede hacerle nada al vino”, pensó-. ¿Y Raffi? ¿Cómo vas a conseguir que se lo coma?

- ¿Es que no crees que no quiere a su hermana? –preguntó Paola con la falsa indignación que él conocía bien.

Brunetti no hizo ningún comentario.

- Está bien –admitió Paola-. Le he prometido diez mil liras si se lo come todo.

- ¿Y a mí también? –preguntó Brunetti, y se fue.

(...)

La cena, finalmente, cumplió todas las expectativas, hecho que Brunetti sobrellevó con un estoicismo digno de sus clásicos favoritos. Se sirvió más raviolis, que nadaban en algo que parecía haber sido mantequilla, mezclada con hojas de salvia trituradas y carbonizadas. El pollo estaba tan sazonado como era de temer, y antes de acabar la cena, Brunetti ya se había destapado la tercera botella de agua mineral. Por una vez, Paola no dijo nada cuando él abrió la segunda botella de vino, sino que contribuyó en buena medida a vaciarla.

- ¿Qué hay de postre? –preguntó él, lo que le valió la mirada más tierna que había visto en ojos de Paola desde hacía semanas.

- No he tenido tiempo de preparar postre –dijo Chiara, ajena a las miradas que intercambiaban los otros tres comensales. Así debieron de mirarse los integrantes del equipo Donner al oír las primeras voces de los hombres que acudían a rescatarlos.

- Me parece que aún queda *gelato* –propuso Raffi, cumpliendo escrupulosamente su parte del trato hecho con su madre.

- No; me lo he comido esta tarde –confesó Chiara.

- ¿Y si fuerais los dos a Campo Santa Margarita a comprar más? –propuso Paola.



Leon, Donna (1998) . *Nobleza obliga*.

Barcelona : Planeta DeAgostini, 119-133

De la literatura a les cuines de la Mediterrània

Cuinar: un art i un plaer

Raviolis



- Pero, ¿y los platos, *mamma*? –dijo Chiara-. Si yo hacía la cena, Raffi tenía que fregar.

Adelantándose a la protesta de Raffi, Paola dijo:

- Si vosotros traéis el helado, yo friego.

En medio de una clamorosa aprobación, Brunetti sacó la billetera y dio a Raffi veinte mil liras.

Los chicos se fueron, deliberando ya sobre sabores.

Paola se levantó y empezó a llevarse los platos.

- ¿Crees que lo resistirás? –preguntó.

- Si puedo beber otro litro de agua antes de acostarme y tener una botella al lado de la cama, quizá.

- Ha sido terrible, ¿verdad? –reconoció Paola.

- Pero ella estaba contenta –contemporizó Brunetti, aunque agregó-: De todos modos, es otra buena razón para propugnar la liberación de la mujer.

Paola se echó a reír mientras amontonaba los platos en el fregadero. Y entonces, ya con más ecuanimidad, pasaron a comentar los detalles de la cena, complaciéndose ambos en la evidente satisfacción de Chiara, prueba del éxito de la confabulación de la familia. Y también, pensó Brunetti, del amor de la familia.

Fotografia

Cuochella (2009) : Ravioli ai porcini con olio alle nocciole e timo

<http://www.flickr.com/photos/cuochella/4044521556/>



Leon, Donna (1998) . *Nobleza obliga*.

Barcelona : Planeta DeAgostini, 119-133